

lo mejor; y con tener seguro el buen éxito, fué desbaratada y vencida por el genio de Bolívar y el valor de sus compañeros de armas. Cuéntase que don Pablo, reconvenido confidencialmente por Fernando VII, contestó de esta manera: « Deme vuestra majestad cien mil llaneros, y me paseo triunfante por la Europa á nombre del rey de España ».

Los llaneros, los enemigos de la república, eran ya republicanos; los contrarios de Bolívar eran ya sus soldados. Boves, el mago que los hechizara, había descendido á las tinieblas, al tiempo que se levantaba en sus corazones su verdadero dios, ese á quien amaron y obedecieron ciegos, Páez, rey de los Llanos, Genio del Apure. Éste combatía por la patria, la patria era la buena causa para los llaneros: verdad que Morillo y los expedicionarios habían tenido por su parte el cuidado de ponerles manifiesta con la ingratitud y el menosprecio. Para arrastrarlos contra sus hermanos habían además los españoles recurrido al sortilegio de la religión, y con el cristo por delante los obligaban á empuñar la lanza fratricida. Un terremoto en manos de un predicador popular es arma formidable, dice Gibbon. Sí, por lo que tiene de divina; pero contra el brazo de la libertad nada pueden los rayos de la Iglesia. ¿Y acaso la destrucción de Caracas habrá sido obra de Dios, el cual se recostaba al lado de los opresores? Él envía el ángel exterminador al campo de los amonitas, no combate por los tiranos. El terremoto de Caracas fué, con todo, golpe mortal para la república, no solamente á causa de la ruina de ese hogar de fuego sagrado, sino también por los sentimientos adversos á la patria que los sacerdotes infundieron

en el ánimo de los simples é ingenuos moradores de los campos. El cielo había hecho esa grave demostración, lo cual era condenar las armas de los enemigos del rey. ¡Oh hombres! ¿hasta cuándo confiaréis al Todopoderoso el éxito de vuestro crímenes? Él quiere la servidumbre de los pueblos; él se deleita con el retiñido de las cadenas; él goza en la tiranía de los déspotas; él pide sangre; él desea ver hambreados, desnudos á los pobres; él impone la ignorancia; su reino, las tinieblas; él envía terremotos, langostas, pestes en favor de unos y en contra de otros. Pues si vuestro Dios hace todo esto, vuestro Dios es Molok, y no el puro y manso, el justo y misericordioso que nos envió á su hijo á redimirnos.

Una vez que los americanos dejaron de creer en las andróminas de la mala fe y en las chapucerías del fanatismo, todos abrazaron con ardor nunca sobrado la causa de la patria, y los llaneros sus más fieles y eficaces servidores. Dios poderoso, y cuáles eran sus acciones en la guerra! Las Queseras del Medio están asentadas en el memorial de las venganzas que nunca han de satisfacer los españoles; esa jornada terrible donde ciento cincuenta hombres de á caballo acometen á un ejército, le acuchillan, le despedazan, le aturden, le trabucan y le ponen en retirada nada menos que vergonzosa. Morillo dió cuenta de este suceso al rey, y no pudo el orgullo tanto con él, que no dejase entrever su admiración, si bien procurando disminuir el mérito de los americanos con ciertas infidelidades á la verdad. Ciento cincuenta hombres le parecían de hecho número harto menguado para haber dado tanto en qué merecer á un general de su reputación con tropas tales

como las suyas. Y no fué esta la única desgracia del propio género, pues cuando la derrota no fuese declarada, no pocas veces los invictos españoles se alejaron más que de paso de esos buenos criollos, el vibrar de cuya lanza veían hasta en sueños. Bárbaros, rústicos y desatinados : seres hiperbóreos sin conocimiento de la guerra ni valor de buena ley, en ocasiones; en otras, gigantes desemejables, jayanes desafortados que se ven la cara en el mar, como Polífemo, y no hacen sino un bocado de cada uno de los hominicos de Europa. Pues si para con los hijos del Nuevo Mundo eran unos braguillas, ¿cómo pretendían, con el yelmo de Mambrino y el lanzón, domar y dominar á estos Pandafileños de la fosca vista?

La gente era curtida, y en siendo ir contra los españoles, llanos las cuevas para esos recién nacidos á la libertad y viejos ya en el combatir por ella. Su lanza y su caballo, no más el indómito llanero : pan, Dios le dé; jamás hace mochila : sueño, según que lo consiente el negocio de la guerra : el amor á la patria suple por todo. En cuanto al brío y el poder del brazo, no hay pecho que resista un bote de esa arma pavorosa, si viene armado á prueba de pistola : un jeme asoma por la espalda brillando entre hilos de sangre esa hoja que parece lengua de serpiente gigantesca, por lo sutil, por lo sediento. Si los soldados eran tales, ¿cuáles debían ser los capitanes? Páez era hombre de llamar á Júpiter á singular combate; y en llevando lo peor, hubiera espantado con sus alaridos de despecho al Orinoco, bien como Ajax hacía temblar el Escamandro con sus lamentaciones. Bermúdez, atrevido, turbulento, sedicioso; en la batalla, Rodrigo Díaz de Vivar. Mariño, amigo del mando á todo trance, pero valiente y esforzado : su

orgullo tan superior, que quería prevalecer sobre Bolívar. Ribas, un león. Valdés, gran general. Piar, sin la insolencia, lo mejor del ejército. Cedeño, el valor casado con la subordinación. Urdaneta, ah, Urdaneta, el más fiel, constante y poderoso amigo de la república y su caudillo. Bolívar en fin, Simón Bolívar, el protagonista de la Iliada semibárbara que está esperando el ciego que la ponga en páginas olímpicas.

En los mayores acontecimientos obró siempre de pensado el capitán; mas si el trance lo pedía, improvisaba la victoria. De una parte ciencia de la guerra, disciplina, gente ensoberbecida con los laureles traídos de Europa; de otra más inspiración que arte, obediencia á duras penas, escasez de municiones; pero amor á la libertad, no gran apego á la vida y brazo fuerte : el corazón, capaz del cielo y del infierno. Gente de sangre en el ojo que tenía en poco la vida, la honra en mucho. El recibir en el pecho las heridas era cosa suya; ninguno murió de espaldas, sino fué en la derrota; y es preciso confesar que los españoles nos las dieron muchas y muy grandes. ¿Qué maravilla? Los vencedores de Napoleón eran hombres de entrar por fuerza de armas el Olimpo y tomarse cuerpo á cuerpo con los dioses. Y no se achaque al artificio, si milicia tan provechosa acabó por sucumbir y despejar la tierra : entre los oficiales españoles pocos vinieron que se dejasen llevar al pilón : vencidos, destruidos, pero á furor de espada. Ni era Bolívar de los que encomiendan á la astucia el éxito de sus cosas, siendo por el contrario uno que no gustaba, nuevo Alejandro, de ocultar la victoria en las entrañas de la noche.

Gran hombre de á caballo don Simón, pues verle en su Frontino, un Rugero. Á pie y en el consejo :

*Augusto in volto e in sermon sonoro,*

como Godofre de Bullón. Es realmente majestuoso cuando adelanta al encuentro del general español á resolver con él en Santa Ana las cosas de la paz ó de la guerra. Escipión no es más interesante cuando acude á su avistamiento con Masinisa, según nos le describe Tito Livio, elevado, erguido, blanco, flotando sobre los hombros la rubia, cabellera. Bolívar no era blanco, mas aun de tez curtida al sol del ecuador, moreno aristocrático, algo como la resultante del mármol y el bronce que figuraban los bustos de los emperadores romanos; rostro bajo cuya epidermis corría ardiente el caudal de su noble sangre. Tampoco era rubio como Escipión, sino de pelo negro y ensortijado, semejante al de lord Byron, pelo rico y floreciente, que en preciosos anillos de ébano se cuelga hacia las sienes del poeta, mas que el guerrero tiene cuidado de atusar, como quien sabe que nada de femenino conviene al heroísmo. Los poetas pudieran llevar hasta airón en la cabeza y ajorcas al tobillo, sin que estos preciosos arrequives desdijeran de sus ocupaciones : las Musas traen corona de rosas, y Apolo, si bien flechero, no desdeña los adornos de la hermosura. Al hijo de la guerra le conviene rígido continente, varonil, temible, con cierta insolencia elevada que de ninguna manera pase á brutalidad, pues el crudo afán de las armas es muy avenidero con los primores de la cultura. Palas no es cerril, es austera : su belleza marcial impone respeto, y no excluye el amor. Quisiera yo saber cómo se

hubiera presentado Bolívar á Napoleón : estas dos águilas se habrían arrancado mutuamente el alma de una mirada, como el héroe del poema que con los ojos escudriña el centro de la naturaleza. ¿Desdeñaría Napoleón á Bolívar, si viviesen aún? No lo creo. ¿Se inclinaría Bolívar hasta el suelo, puesta la mano en el pecho? Imposible. Si estos hombres se echan los brazos al cuello, esas dos almas refundidas en una hacen rebosar el universo.

¿En dónde está Bolívar? Él es, allí le veo que corona la cima de ese monte. Una legión de sombras viene tras él : desmazelados, tristes, hambre en el cuerpo, abatimiento en el espíritu, dan sus pasos cual si adelantaran á la sepultura. El vestido se les quedó en las breñas por las cuales han roto como fieras; el vigor se les acabó con las provisiones; la alegría, desvanecida en el desierto; la esperanza, muerta con la escasez de espíritus vitales. ¿Quiénes son? Los héroes de Colombia. ¿Adónde van? Á libertar un pueblo, á echar de una comarca esclavizada las huestes de Morillo. Y esos espectros sin paños en los miembros, sin fuerza en el brazo, vencerán, libertarán ese pueblo y limpiarán esa comarca de los enemigos que la infestan, porque á la vista de ellos el pecho se les prende en el furor guerrero, y la abundancia les vuelve redobladas las fuerzas. Bolívar ha levantado la bandera tricolor de los llanos á los montes, y traspuestos los Andes, rompe por la Nueva Granada. Barreiro le sale al encuentro, Sámano se queda temblando : el guerrero al campo de batalla, el tirano á poner la vida en seguro : ¿cuándo ha sucedido otra cosa? Á la llegada de Morillo quedaron guadañados esos pueblos, habiendo caído la flor, no tanto bajo la espada del soldado,

CAPILLA ALEJANDINA

cuanto bajo la cuchilla del verdugo. Los españoles, con ser valientes y de buena raza, lo estragan todo con la crueldad : las *Bóvedas*, los templos de sus misterios, el cadalso el altar donde cantan esos *Te Deum* impíos con que lastiman los derechos de la impotencia y la desgracia. Morillo, entrada Santafé, dió la tala á las familias : no hubo hombre notable por el ingenio, el patriotismo y las virtudes que no cayese debajo de la jurisdicción del ejecutor, ese inmundo sacerdote de la tiranía. Las crueldades de la guerra, las acciones desaforadas que después de la victoria llevan adelante los enemigos poco generosos, cuando les hierve la cólera en el seno y les arde la venganza en las entrañas, se pueden sufrir, no perdonar; y aun perdonar, si se contempla en la condición del hombre, ente mezquino, sujeto á mil flaquezas y desvíos. Pero entrar á pie llano provincias sin género de resistencia; llegar á ciudades que por lo inermes no parecen enemigas, é imponerles la ley de sangre y fuego, no lo hacen sino esos hombres de alma cruda que ni aspiran á la gloria, ni exponen su existencia miserable al peligro de la guerra. Boves mil veces antes que Enrile; Boves mil veces antes que este consejero de Satanás, siniestro proveedor del patíbulo, cuyo altar no debía verse ni una hora falto de una víctima ilustre. Bolívar viene á castigarlos, allí viene Bolívar. Pero Bolívar castiga á lo grande : el castigo impuesto por Bolívar es la victoria, y tras ella el perdón del enemigo. Los españoles hacían pocos prisioneros, aun regularizada la guerra : en pudiendo haber algunos á las manos, allí al punto los mataban. Bolívar nunca traspasó sus leyes tiznándose la frente con un asesinato, y si mandó matar fué imperando la guerra á muerte y obligado por la necesidad. Bolívar castiga

á lo grande : Bolívar viene á castigarlos, allí viene Bolívar.

Un hombre de alto puesto, pero que no era Bolívar, quiso desfacer los agravios de Morillo y Enrile con la ejecución de los prisioneros de Boyacá, y no consiguió sino empañar la victoria, la cual, sin este excusado rigor, hubiera sido tan limpia como fué grande y hermosa : desbarro tanto más deplorable cuanto que no era justo quitar la vida á los que la gozaban otorgada por el vencedor, ni presta algo para la gloria el degüello de gente prisionera. Andar, era hombre y sujeto á las pasiones. Las represalias son ley de la guerra, empero la victoria resplandece circundada de luz divina, cuando á lo justo de la causa se une lo humano del comportamiento. Sucre lo entendía muy bien cuando enviaba á España sanos y salvos los diez y seis generales prisioneros en Ayacucho. Generosidad es prenda del valor : sin ella no hay grandes hombres. Cuando lo pide la salud de la patria, ya podemos pasar por las armas ochocientos, y hasta ocho mil españoles. ¿Hizo mal Bolívar en ordenar la ejecución de los prisioneros de la Guaira? No hubiera sido el guerrero filósofo, el capitán á cuyo cargo estaban cosas tan grandes como la libertad y la independencia, si por respetar á todo trance la vida de unos cuantos enemigos hubiera puesto, no digamos al tablero, pero á la ruina cierta el asunto de la patria, y en manos del verdugo, otra vez el verdugo, siempre el verdugo, la gente granada de mil pueblos y ciudades. ¿Cuántos prisioneros hizo pasar por las armas Bonaparte en su expedición á Egipto, porque no podía custodiarlos, ni otorgarles la libertad sin peligro de su ejército? Acciones crueles, pero inevitables, que no deslustran á los

héroes. Las matanzas sin necesidad, los saqueos, los ultrajes al sexo desvalido son crímenes que vienen envueltos en infamia. Bolívar viene á castigarlos, allí viene Bolívar.

Joven inexperto, ¿sabes quién es el enemigo al cual osas afrontar en el campo de batalla? Te hierve la sangre en las venas, pero tu corazón presiente una desgracia; ni es otra cosa esa melancolía fatídica que rompe por medio de la animación facticia de tu rostro y da en qué pensar á tus camaradas. Tu madre Iberia sabrá que uno de sus hijos ha combatido por ella en uno de los más célebres campos del Nuevo Mundo, pero no volverá á verte: tus laureles se te marchitaron en las sienes, la espada se te cayó de la mano, porque encontrarse el enemigo con Bolívar es perderse. ¿No sabes cuántas batallas ha ganado, y cuántos generales antiguos ha vencido, y cuántas proezas se hallan ya inscritas en los anales de la patria? El grande, provecto, temible es el que te busca, que te sigue: ponte en cobro, salva tus huestes con la fuga. Tú sabes que salvarse con la fuga es arruinarse: la infamia es siempre una derrota, al paso que la muerte en brazos de la honra es siempre un triunfo. Aun para la retirada es tarde, las vueltas están cogidas, la espada de América relumbra sobre tu cabeza. ¿Para cuándo el desnudo de tu pecho castellano? En la batalla está tu ruina, pero evitarla es imposible. ¿Quién es el héroe que se dispara de la altura abajo y se viene fulgurando como el rayo? Anzoátegui te acomete, Anzoátegui te acuchilla, Anzoátegui te desbarata y extermina: es Anzoátegui el guerrero que vuela sobre un águila pisando en la cabeza á centenares de enemigos. Su espada silba en el aire, su brazo se retrae, y la punta de ese acero mortífero se abre paso por la garganta del que encuentra, y sale por

la nuca un palmo. Bolívar manda, Anzoátegui ejecuta: él está por todas partes, sigue el pensamiento del general, y en su feroz caballo vuela fantástico, siniestro para el enemigo como el Genio de la muerte. ¿Quién se opone al torrente de esos héroes enloquecidos con el furor de la pelea? ¿Quién resiste el empuje de esos hombres maravillosos que parecen vomitar fuego y matar hasta con la mirada? Allí se levanta una manga de polvo; el ruido de un galope inmenso se aleja del campo de batalla: el fiero castellano está vencido: los jinetes huyen aterrados, los infantes quedan en el suelo. Ya Rondón había puesto en Sogamozo un proemio sangriento á esta grande obra: Rondón el fiero, Rondón el bravo, una de las lanzas más temibles de Colombia, salvó á su general de en medio de los enemigos, rompiéndolos, deshaciéndolos y echándolos á salvarse en las alturas de Paipa. Vencidos una vez, lo fueron otra, y ésta no hubo acogerse al gremio de la noche, que el sol, benigno y generoso, dió tiempo á la victoria.

La batalla de Boyacá echó el sello á la libertad de la Nueva Granada, pues nunca más volvieron los españoles á sentar la planta en su tierra bendita con la sangre de los buenos hijos de la patria. El general español con casi todos sus oficiales y gran parte del ejército fueron hechos prisioneros, no sin que hubieran mostrado en el combate el bien conocido valor de tan nobles europeos. Sámano el virrey, Sámano el opresor, el héroe del cadalso, trémulo y desconcertado, se puso en salvo abandonando la capital, adonde entró Bolívar al frente de los libertadores, en medio del júbilo inmoderado del pueblo que erguía la cabeza fuera

del yugo, alzaba las manos fuera de las cadenas. Así entró Mac-Mahón á Milán después de las batallas de Solferino y Magenta, así entró Garibaldi á Nápoles después de la casi fabulosa toma de Sicilia. Los conquistadores entran en medio de maldiciones secretas de pueblos acuitados, hombres que amenazan en lo íntimo del corazón, mujeres que piden á Dios la muerte de esos extranjeros injustos: así entró Napoleón á Berlín, á Viena así hubiera entrado el rey Guillermo á París. Bolívar gozó; muchos días de satisfacción en su vida de huracán, vida de guerra continua; pero esta entrada á Santafé después de victoria tan gloriosa fué para él uno de sus triunfos más llenos de felicidad. No sabía que de entre las guirnaldas que iba cosechando por esas calles saldría después el puñal, que si no le acertó en el pecho, le hirió en el alma, y para toda la vida: esa herida fué una de las que le llevaron al sepulcro, pues este hombre tan feliz murió con el alma acribillada, pero con un gran consuelo: sus esperanzas no se habían ido en flor, y á su muerte quedó cuajado el fruto de sus afanes.

¿Quién habla aquí de muerte? Ahora no hay muerte, sino vida; vida inmensa, inextinguible; vida de inmortales. Si la Nueva Granada estaba libre, Venezuela luchaba todavía, y su hijo, su gran hijo, vuela allá. ¡ Libertad ! ésta es la seña; ¡ libertad ! ésta es la voz que ha de resonar desde el Orinoco hasta el Apurímac, desde el Ávila hasta el Misti, pasando por las regiones encumbradas del Cotopaxi y el Cayambe. Tres ejércitos republicanos cercan á los españoles en Venezuela: Mariño, Páez y Urdaneta son tres columnas oscuras, semejantes á los héroes de Ossian,

cuya espada brilla como un rayo de fuego. Llega Bolívar, y la tempestad se declara vasta y espantosa, hasta que en Carabobo da al través con la nave en que aun bogaban pujantes los opresores del Nuevo Mundo. Carabobo, campo inmortal, ¿por qué no te han declarado santo los padres de la patria? Los pueblos que no tienen una Elida no se atreven á echar la vista atrás, porque temen no ver nada en el mar de sombras que sus ojos encuentran. Un lugar de recuerdos, un depósito de glorias, un receptáculo de misterios donde los dioses entiendan en las cosas de los hombres, es indispensable para los pueblos ilustres: Maratón es santo para los griegos, Salamina es tan bendita como Samotracia. Y vosotras, llanuras de Poitiers, donde la media luna quedó en pedazos; vosotras, donde la cimitarra fué abatida por la cruz; vosotras, donde un mar de sangre musulmana dejó cerrado para siempre el paso á los conquistadores del Profeta; vosotras sois sagradas, no sólo para la nación donde os extendéis amplias y hermosas, sino también para todo el mundo, cuán anchamente se dilata la fe de Jesucristo. ¿Qué monumentos, qué señales autorizadas por los legisladores de Colombia dicen al viajero: Este es el campo de Carabobo? Dos veces cayeron allí boca abajo nuestros enemigos; dos veces les dió allí Bolívar una lección sangrienta; allí quedó sellada la libertad de tres naciones, y no hay hasta ahora una piedra que diga al viajero: Este es el campo de Carabobo. Que no honremos nuestros lugares memorandos con columnas y pirámides donde gusta de posar la gloria, no es mucho; nuestro genio es destruir hasta los recuerdos de la sabiduría: un viandante encontró de puente de una acequia la piedra cargada con las inscripciones de Lacondamine y

sus compañeros (1). El magistrado, el militar, el sacerdote, el indio ignorante, la ramera soez, todos hollaban sin saberlo esa prenda inmortal que en otra parte estuviera en un museo. Monumentos en Carabobo, en Pichincha, en Ayacucho ¿para qué? ¿No está ahí la naturaleza que no pierde la memoria de los grandes hechos? ¿no están ahí los huesos de nuestros mayores sirviendo de inscripción indelebe? Los huesos no, pero las cenizas, esas cenizas pesadas, polvo de diamante, que no se van con ningún viento, como las de templo de Juno Lacinia. Desgraciado del hijo de América que ponga los pies en el suelo de Carabobo, Chacabuco y Tucumán y no sepa donde está. Esos campos se descubren desde lejos: las sombras de Bolívar, San Martín y Belgrano se elevan en ellos superiores á las pirámides de Egipto, y cuarenta siglos antes de llegar, el porvenir las contempla desde el obscuro seno de la nada.

Un día subió un niño á las alturas del Pichincha: niño es, y sabe ya en donde está, y tiene la cabeza y el pecho llenos de la batalla. El monte en las nubes, con su rebozo de nieblas hasta la cintura: gigante enmascarado, causa miedo. La ciudad de Quito, á sus pies, echa al cielo sus mil torres: las verdes colinas de esta linda ciudad, frescas y donosas, la circumbalan cual nudos gigantescos de esmeralda, puestas como al descuido en su ancho cinturón. Roma, la ciudad de las colinas, no las tiene ni más bellas, ni en más número. Un ruido llega apenas á la altura, confuso, vago, fantástico, ese ruido compuesto de mil ruidos, esa voz compuesta de mil voces que sale y se levanta de las

(1) El sabio Caldas.

grandes poblaciones. El retintín de la campana, el golpe del martillo, el relincho del caballo, el ladrido del perro, el chirrido de los carros, y mil ayes que no sabe uno de donde proceden, suspiros de sombras, arrojados acaso por el hambre de su aposento sin hogar, y subidos á lo alto á mezclarse con las risas del placer y corromperlas con su melancolía. El niño oía, oía con los ojos, oía con el alma, oía el silencio, como está dicho en la Escritura; oía el pasado, oía la batalla. ¿En dónde estaba Sucre? Tal vez aquí, en este sitio mismo, sobre este verde peldaño: pasó por allí, corrió por más allá, y al fin se disparó por ese lado tras los españoles fugitivos. Echó de ver un hueso blanco el niño, hueso medio oculto entre la grama y las florecillas silvestres: se fué para él y lo tomó: ¿será de uno de los realistas? ¿será de uno de los patriotas? ¿es hueso santo ó maldito? ¡Niño! no digas eso: hombres malditos puede haber; huesos malditos no hay. Sabe que la muerte, con ser helada, es fuego que purifica el cuerpo: primero lo corrompe, lo descompone, lo disuelve; después le quita el mal olor, lo depura: los huesos de los muertos, desaguados por la lluvia, labrados por el aire, pulidos por la mano del tiempo, son despojos del género humano; de este ni de ese hombre, no: los de nuestros enemigos no son huesos enemigos; estos son de nuestros semejantes. Niño, no lo arrojes con desdén. Pero se engañaba ese infantil averiguador de las cosas de la tumba: los huesos de nuestros padres muertos en Pichincha son ya gaje de la nada: el polvo mismo tomó una forma más sutil, se convirtió en espíritu, desapareció, y está depositado en la ánfora invisible en que la eternidad recoge los del género humano.

Hubiera convenido que ese niño, que no debió de ser como los otros, hallase en el campo de batalla una columna en la cual pudiese leer las circunstancias principales de ese gran acontecimiento.

¿En dónde está Bolívar? Él es, allí le veo, al frente de un ejército resplandeciente. Estos no son como los que traspusieron los Andes, sombras y espectros taciturnos, sino *robustos cazadores del Señor* que siguen la pista al león de Iberia y llevan en el ánimo cogerle vivo ó muerto, aun en los confines de la tierra. Pero el león no huye : en su sitio los espera, los ojos encendidos, inflada la greña, las fauces echando espuma y azotándose los ijares con la cola. Latorre manda las huestes españolas; con él están los jefes de más renombre en la campaña, los soldados de Boves, vencedores de la Puerta. Pero los libres son regidos por Bolívar, y esta prenda de victoria les comunica el brío que han menester para conflicto tan grandioso. Las alturas han sido tomadas por el enemigo; los cañones, hablando á nombre del rey de España, cierran el paso á los patriotas; las gargantas que desembocan en la llanura están obstruidas, é infantería y caballería en ordenación de batalla esperan cuando han de dar sobre ellas los soldados de Bolívar. ¿Por dónde las acometen? ¿por cuál lado las hieren? Todo está defendido, y habrán de caer por miles ante las bocas de fuego, primero que rompan por el valle. ¿Quién se muestra de improviso por el flanco derecho, por donde á nadie se esperaba, y sacude la melena en ademán de amenazar? ¡Oh Dios! es el más terrible de los enemigos, el más temido, ese hijo de la Tierra que en las Queseras del Medio la había hartado á España de sangre de sus pro-

pios hijos. Los valientes del Apure han desembocado en la planicie, comienza la pelea : los republicanos mueren, son uno contra ciento, ceden el campo. ¿Ceder? eso sería donde no llegasen los hijos de Albión, hijos de una vieja monarquía que combaten por una joven república. ¡Y qué combatir, señor! Hincada la rodilla en tierra, cual si adorasen al dios de las batallas, impávidos é inmóviles, tiran sobre el enemigo, quitan cien vidas y caen ellos mismos muertos en esa postura reverente. Minchin, héroe esclarecido, tu nombre constaba ya en los registros de la patria, y compareces nuevamente á dar más estrépito á tu fama; Minchin, noble extranjero, ya no eres extranjero sino hijo de Colombia por tu amor hacia ella y tus proezas; Minchin, y tú, Famior heroico, en vosotros saludamos á todos esos ingleses invencibles que tan larga parte tuvieron en las batallas más gloriosas de la independencia, en Boyacá, en Carabobo. Salud, hijos de Albión, Legión Británica, cuyos huesos fecundan nuestros campos, cuyo espíritu se confunde en la eternidad con el de nuestros propios héroes.

Los españoles cargan con ímpetu redoblado, se echan sobre los libres en numerosos batallones, bastantes para abrumarlos con el peso, aun sin las armas; y de hecho los abruman. Pero llega Heres, y la victoria le vuelve la espalda al enemigo; llega Muñoz, llega Rondón, llega Aramendi, llega Silva; ¿cuántos más llegan? Los Tiradores de la Guardia, los Granadores de á caballo hacen prodigios; Marte obra sus milagros por el brazo de esos titanes que matan dos á cada golpe. ¡Los Rifles! ¿dónde están los Rifles? allí vienen; ¿quién arrostra con esos batalla-



dores fieros, esos que olvidan la cartuchera, á bayoneta calada se van para el centro de los enemigos batallones, y á diestro y siniestro los hieren, los acuchillan, los derriban, pisan sobre ellos y siguen el alcance á los fugitivos? Bolívar manda : la espada en alto, la voz resonante, vuela en su caballo tempestuoso, y ora está aquí, ora allí, siempre donde muestra preponderar el enemigo: su alma se derrama sobre todo aquel espacio, y en llamas invisibles envuelve á los combatientes, que dominados avanzan por encanto sobre el fuego. Páez, brazo de la muerte, como Fergo, no sosiega; se echa en lo más espeso de la riña, mata á un lado y á otro, su espada se abre paso, y deja rompidas y turbadas las líneas enemigas. Bolívar la cabeza, Páez el brazo de la guerra.

¿Adónde huyes, adónde arrastras á tus cuitadas huestes, miserable? Te conozco : esa cara tinta en sangre, y no la de la batalla; esos ojos espantados; esa cabellera erizada; esa mano trémula, cuya arma verdadera es la larga uña; esa rapidez con que huyes hacia el Pao me dicen que eres Morales, el cobarde, el sanguinario Morales, deshonor de los valientes de la madre patria, infamia de la guerra. Boves no hubiera huído, Morales huye; Boves era valeroso, Morales nada más que robar y asesino. Huye, huye veloz que si te alcanzan, la cuerda te espera, no la bala. Zuázola muere en la horca, ¿no lo sabes?

Victoria grande que nos trajo en su seno una grande pesadumbre : murió Cedeño, « el bravo de los bravos de Colombia » : murió consumado el triunfo, murió en los brazos de este fiel amigo suyo. Habíase vencido, ¿qué que-

ría el bravo de los bravos? Valencey se retiraba en buena formación, haciendo frente al enemigo, rechazando las cargas de los jinetes americanos : Cedeño no lo pudo sufrir; y cuando ciego de valor y valentía se echó á romperlo y desbaratarlo él solo, cayó con cien heridas de la cumbre de la gloria. Preciso era que el pundonor de España se salvase siquiera en un cuerpo de su ejército, ese pelotón de héroes que se defendió de firme hasta cuando la Cordillera le amparase. Al Valencey nadie le pudo : Latorre fué vencido, pero este cuerpo salió intacto á fuerza de serenidad y pericia : tan pronto era rompido como volvía á su formación : falange inmortal. dejó la victoria en el campo; el honor, salió con ella : éstos son los soldados.

Y tú, difunto fiero, que yaces boca arriba ¿quién eres? Plaza, invicto Plaza, tú también ganaste la palma del triunfo y la del cielo al propio tiempo. ¡Cuán terrible estás aun sin la vida! Valor, coraje, ímpetu de la sangre, todo se ve en tu rostro, donde fulgura la belleza de la guerra, esa belleza terrible que hace temblar á los cobardes. Muere, amigo : si en las obscuras entrañas de la nada se pierden los cuerpos de los héroes, sus nombres quedan grabados para siempre en el alma de los que viven, y esta herencia se transmite á las generaciones más remotas enriqueciendo á los hijos de los hijos. Con esta jornada se echó punto final á las grandes batallas que de poder á poder se dieron en Venezuela realistas y republicanos, y desde entonces fué cuesta abajo la resistencia de los españoles en América, hasta cuando en Ayacucho declararon no poder más. No quedaban sino algunas plazas fuertes; mas Puertocabello no podía ser impedimento para la constitución de la Repú-

blica, y el guerrero comparece ante los mejores hijos de esta joven madre á dar cuenta de la terminación de su grande obra. La libertad estaba conquistada, la emancipación asegurada : un pueblo salía del abismo de la esclavitud sacudiéndose las sombras, y con alta frente y paso firme ganaba un asiento entre los libres y civilizados de la tierra. Las cadenas, en pedazos, fueron echadas al mar; sus fragmentos desmedidos resonaron en sus oscuras profundidades ahuyentando á los monstruos de la naturaleza, y hasta el callo que deja el yugo se ha disuelto en el cuello de las naciones redimidas. Pero Bolívar tiene aun que hacer : su espada no va á suspenderse en el templo de la gloria, pues mientras hay en el Nuevo Mundo un pueblo esclavo, su tarea no se ha concluído, y él dice en su ánimo o que el poeta ha de expresar después en el dístico memorable :

Mientras haya que hacer nada hemos hecho.

¿En dónde está Bolívar? Él es, allí le veo : la sombra imperial de Huaina Capac se le aparece en las nubes, y le dice que se ha de cumplir su profecía : él ha leído en el libro de las disposiciones eternas que el país de los Incas será libertado por un gran hijo del sol, vengada la memoria de sus descendientes. Bolívar deja su patria : Chimborazo queda á sus espaldas, se echa al mar, desaparece por el mundo. ¿En dónde está Bolívar? Él es, allí le veo : con el rayo en la mano amenaza á los opresores del pueblo en cuyo auxilio ha volado en alas de la victoria : Junín mira allí resplandeciente al padre de Colombia. El combate es á caballo; cada jinete monta uno digno de un emperador,

corcel egregio que pide la batalla con ese resoplar y ese manotear que llenan el campo de marcial bullicio. La barda le incomoda, trae limpios y sueltos los miembros, sin más adorno que la testera de grana, ni más resguardo que la herradura. No sale de la línea, porque en medio de su fogosidad es obediente; pero allí se mueve, levanta el brazo en curva amenazante, extiéndelo con fuerza sobre el suelo repetidas veces, gime la tierra á la presión de ese loco martillo. En inquietud colérica, vuelve los ojos á un lado y á otro; el vaivén de su cuello recogido indica que algo le irrita y le urge los espíritus. Le tiembla el vasto pecho, recoge el cuerpo, tira el freno y quiere dispararse á beberse los espacios. Canterac, ufano de sus escuadrones invencibles, alto y soberbio, recorre sus líneas, les habla de la madre patria, del honor de las armas castellanas : suya es la victoria. Esos valientes son terribles á la vista, irrisibles al encuentro : un ancho fiador de piel de oso les sujeta el morrión, simulando una espantosa barba : erizado el bigote, parece en ellos el símbolo del valor enfurecido : ninguno siente miedo.

Frente por frente la hueste republicana no muestra aspecto más humilde : con su mirar de águila el terrible llanero señala para la muerte á tal ó cual enemigo. La vaina del sable cuelga larga y resonante de un talabarte de cuero blanqueado; la hoja está al hombro; la lanza, con el regatón en la cuja, se halla lista para ponerse en ristre. Hablan los jefes, rompen el aire los clarines : á espuela batida los caballos, los enemigos escuadrones entran hasta ponerse rostro á rostro, y en ademán de acometer, déjanse estar un buen espacio en fiera y muda contemplación

callando las espadas. ¿Qué ideas hierven en ese instante en la cabeza de esos hombres que van á quitarse la vida? ¿qué afectos en esos feroces corazones? Brown, noble teutón que combate por la república, rompe la batalla con un bote de lanza tal, que trae al suelo en lastimosa descabalgadura al jinete su contrario, un íbero desemejable que con la vista le estaba retando á la pelea. Es fama que no se oyó sino un tiro de pistola en esta acción, donde obraron el sable y la lanza puramente. Hasta ahora se oye ese chis chás que horripila, ese gemir irritada la cuchilla afanándose más y más sobre el mísero cuerpo humano. Alanceáronse y matáronse muy á su sabor los dos ejércitos, hasta cuando los españoles tuvieron por más cristiano ponerse en cobro, atrás los colombianos sacándoles los bofes por el vientre en la punta de la hoja que comparece una tercia por delante. Sangre corrió ese día: Miller, Necochea, Lamar, Laurencio Silva mostraron puesto en su punto, bien así el denuedo como el esfuerzo del pecho americano. Miller guiaba á los hijos del Perú, y nada tuvo que hacer en el ánimo de ellos para verlos impávidos en el recibir al enemigo, terribles en el acometerle.

¿Son esos los garzones delicados  
Entre seda y aromas arullados?  
¿Los hijos del placer son esos fieros?

Sí, que ni los halagos de la beldad de Sciros envilecen á Aquiles, ni los encantos de Armida contienen á Reinaldo: la guerra tiene también su seducción, y muchas veces sus incentivos son tales, que nada pueden suspiros ni lágrimas de hermosas contra esa cruda rival que les arrebató

sus adoradas prendas. Los hijos del placer, los muelles habitantes del Perú desmintieron entonces, y han vuelto á desmentir en ocasión no menos grave, la sentencia del ferrarés:

*La terra molle, e lieta, e diletta  
Simile á se gli abitator produce...*

dando á entender que la vida regalada enflaquece en el pecho del hombre, no solamente el valor, pero hasta las necesarias y puras afecciones de libertad y patria. Ello es cierto que los que viven hasta el cuello en el dulce mar de la dicha, no son los campeones más temibles en las luchas de Belona; pero hay cordiales tan poderosos, que levantan el corazón y llenan el pecho de generosidad y nobleza. Sabido es que un conquistador se valió del lujo y los placeres para corromper y envilecer á un gran pueblo á quien temía; pero cuando la corrupción y el envilecimiento no han llegado á la médula de los huesos, siempre hay remedio. Los peruanos tienen fama de ser gente de alegre y buen vivir, de adorar la diosa de Pafos algo más de los que conviene á la austeridad del filósofo; pero si no se crían para santos, nos han hecho ver que no llevan la túnica de los lidios, ni los humos del placer estragan sus espíritus. Livianos, risueños, alegres en el seno de la paz; ardorosos, esforzados, valientes en la guerra: tal vez ellos son los más cuerdos. Vivir pobres, abatidos, taciturnos, cultivando por la fuerza algunas virtudes, por falta de comodidad para beneficiar los vicios, y morir insignificantes, si es sabiduría es sabiduría necia é infeliz. No creo que pueblo lo